

# LIBERALES Y LIBERTADORES

Arturo Uslar Pietri

**L**a rebelión de Riego contra el absolutismo real español en el siglo XVIII tuvo hondas repercusiones en las guerras de independencia de América Latina.

\* \* \*

EL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE RIEGO invita a una más amplia y completa consideración del vasto y mal conocido proceso histórico dentro del cual se produce la independencia de las antiguas provincias españolas en América.

Rafael del Riego nunca vino a América y, sin embargo, tipifica una situación bastante común en su tiempo, la del militar español ante las nuevas ideas de la Ilustración que se habían venido extendiendo por Europa desde mediados del siglo XVIII. Paul Hazard en un estudio memorable ha escrito con muy rica información lo que fue aquel fenómeno que significó una verdadera crisis de conciencia para Europa, cuando el hombre de deberes del Antiguo Régimen es paulatinamente substituido por el hombre de derechos, cuando la razón substituye a la fe en las concepciones de los pensadores.

Fue ciertamente una larga serie de cambios de mentalidad y aun de sentimiento que se fue extendiendo en las capas superiores, por la educación o por la posición social, de Occidente. Sus centros principales estuvieron situados en Londres y París, con importantes ramificaciones en Holanda y Suiza. De allí partieron las nuevas teorías de la sociedad y del hombre y la crítica mordaz y destructiva de los valores tradicionales. Se iba desde la sátira, hasta la falsa ciencia para sembrar la duda en las gentes curiosas de saber. Voltaire destruía, Rousseau proyectaba para un futuro utópico.

No solo fortalecía y sembraba nuevas ideas aquel gran movimiento, sino que halagaba y justificaba viejos resentimientos sociales alimentados por la desigualdad y la injusticia generalizadas. La independencia de los Estados Unidos constituyó la muestra y el ejemplo de lo que había que hacer y de cómo se podían realizar en la práctica aquellos ideales que parecían tan inaccesibles.

El prestigio de los nuevos pensadores fue inmenso y se transformó en una revelación inapelable. Las sociedades secretas sirvieron, a su vez, de vehículo para la difusión de aquellas nociones inauditas y para fomentar conspiraciones e insurrecciones que implantaran aquel nuevo régimen para la felicidad de todos los hombres.

España no podía permanecer fuera de aquel gran movimiento renova-

IV TRIMESTRE 1985

dor. Estaba muy estrechamente vinculada a Francia por la vecindad, por la historia y por la nueva dinastía de los Borbones. De una manera progresiva las nuevas ideas y los autores clandestinos lograron penetrar y conquistaron muchas adhesiones entusiastas entre los intelectuales y, aun, entre la aristocracia y los cortesanos. En la lucha por la independencia de los Estados Unidos participaron fuerzas españolas que por primera vez iban a la guerra en defensa de un régimen democrático.

El poder y atractivo de la novísima ideología no se limitó a los intelectuales sino que inevitablemente llegó a sectores más numerosos y apareció en el seno de las fuerzas armadas. Esta situación nos la revela un testigo excepcional que es Francisco de Miranda. Miranda llega a España en 1771 para enrolarse muy pronto en el ejército donde alcanza el grado de capitán. Venía de la aislada y remota Caracas y era España el primer país europeo que va a conocer. Era un ser lleno de avidez intelectual y de inagotable curiosidad. No tardó en ponerse en contacto con gentes y con libros subversivos. Diez años después de haber llegado, y sin conocer todavía ninguna otra nación europea, ha reunido una importante biblioteca que los censores de su tiempo no hubieran podido calificar de otro modo que como de alta peligrosidad para el orden establecido. La lista de aquellos libros demuestra, palmariamente, que un oficial subalterno del ejército español de aquel tiempo, podía tener la literatura más revolucionaria y crítica del Enciclopedismo, que era la semilla de la revolución. Allí figuran desde Voltaire y Diderot, hasta Montesquieu, D'Alembert, Buffon y Raynal, sin que faltara, desde luego, Rousseau. También sabemos, por los papeles de su archivo, que ya para esa hora se había afiliado a una logia masónica. Sin embargo, nada de esto parece haberle causado inconvenientes con sus iguales y superiores.

El detonante que va a precipitar todo este latente conflicto en España y en todo su ámbito político, peninsular y americano, lo constituyen los inesperados sucesos de 1808: el motín de Aranjuez, las abdicaciones sucesivas de los reyes, el cautiverio de Bayona, la invasión napoleónica y la imposición, como rey, de José Bonaparte.

Este inesperado acontecimiento desata una serie de desarrollos que van a definir la vida española por todo el siglo XIX y, evidentemente, más allá.

No hay que olvidar que Napoleón, con todo, representaba muchas de las conquistas políticas de la Revolución. Lo que se propone no es mantener, por medio de su hermano, el tradicional, ostensiblemente, absolutismo de la monarquía española, sino instaurar un régimen constitucional, con unas Cortes de elección popular, con proclamación de los derechos del hombre y con un rey constitucional, limitado en su acción por una representación popular.

Muchos españoles, para mal de ellos, vieron con buenos ojos esta novedad. Significaba, según ellos, la única posibilidad de instaurar un régimen democrático en el viejo país y de lograr una radical modificación de sus instituciones y de su estructura social y política. El espontáneo rechazo que el pueblo hizo de esta intromisión que desembocó en una larga guerra sangrienta, cambió dramáticamente las perspectivas. Los que habían creído que José Bonaparte podía ser el instrumento eficaz para la modernización de aquel

Estado decrepito se vieron colocados, por el rechazo general, en una situación casi de traidores. Fueron los infortunados "afrancesados", que tan duramente pagaron su ilusionada equivocación. Lo que quedó del otro lado, en unión con la insurrección popular, era una mezcla detonante de partidarios del antiguo régimen y de la restauración del absolutismo en la persona de Fernando VII y de los partidarios de las nuevas ideas, que no podían mantener entre sí sino una tregua transitoria.

Muchos militares simpatizaron abiertamente con las fórmulas políticas avanzadas, que tenían como supuesto mínimo el establecimiento de una monarquía constitucional.

Sabemos bien lo que ocurrió después. La suerte variable de la lucha, la intervención inglesa, la constitución de las Juntas y, por último, la reunión de la Corte de Cádiz.

El contacto estrecho, en el campamento y en la vida ciudadana, con los ingleses sirvió de caldo de cultivo para que se extendiera el contagio de los nuevos principios. Los ingleses representaban una monarquía constitucional, respetaban los derechos fundamentales del hombre y participaban activamente en sociedades secretas, particularmente la francmasonería.

El caso de Riego tipifica la trayectoria de muchos otros militares que lucharon contra la invasión francesa. Querían rechazar al invasor armado, pero no para restaurar el absolutismo servil.

El joven Riego se incorpora a la guerra, entra en un nuevo ambiente popular e ilustrado, al mismo tiempo, conoce los ideales de la Gran Revolución, cae prisionero de los franceses, pasa años en Francia e Inglaterra y cuando regresa a España, después de la guerra, se reincorpora al ejército.

Esa trayectoria se repite de un modo muy parecido en otros militares. Van a ser partidarios de la monarquía constitucional, masones y amigos del pueblo. La trayectoria se repite en el caso más famoso de todos, por sus consecuencias, que fue el de Espartero, para no nombrar a los generales La Serna, Canterac, Morillo, Rodil, Monet, Valdés y tantos otros.

La figura señera de San Martín recorre la misma secuencia de hechos e influencias: servir en el ejército español, abrise a las ideas de la Ilustración, participar en la resistencia armada contra los franceses y repudiar la vuelta del absolutismo fernandino.

Cuando la guerra de la independencia hispanoamericana estalla, a partir de 1812, España está en lo más profundo de su crisis política y social. No está en capacidad de mandar ejércitos numerosos a combatir a los insurgentes y tampoco muestra la voluntad de destruirlos y aniquilarlos. Hombres como Espartero o como Riego, no podían ver con odio lo que intentaban hacer aquellos otros guerreros tan parecidos a ellos. Las ideas que los insurgentes sostienen son las mismas de ellos. Las Cortes de Cádiz han proclamado un régimen constitucional que ofrece a los americanos la posibilidad de la igualdad con los peninsulares. La inevitable y trágica división entre absolutistas y constitucionales, o entre serviles y liberales, se extiende al nuevo continente. Existen allí serviles o "godos" defensores del absolutismo y el pasado, y liberales insurgentes que reproducen el mismo antagonismo que se da en España.

Los separatistas de Caracas, en 1810, han actuado dentro del mismo patrón de las Juntas españolas; han desconocido al rey usurpador y han invocado razones muy valiosas que es necesario comprender en toda su significación. Se ha roto, alegan, el vínculo que los unía y sujetaba al rey de Castilla, que lo era también de todos los reinos de España y de las provincias americanas. Ese vínculo era personal y directo, y se estableció solemnemente por Carlos V. No era transferible y no era con el Estado español, sino con la persona misma del monarca legítimo. Desaparecido éste por una usurpación, el vínculo quedaba roto.

Es lo que sienten los hombres de las Juntas españolas y lo que expresan los Cabildos revolucionarios de América.

La lucha fundamental no es contra liberales insurrectos en América contra la usurpación y el absolutismo, sino contra los serviles de adentro y de allende los mares. Se sentían más irreconciliables con los partidarios del absolutismo que con los libertadores americanos, que eran gente con la que compartían esperanzas y sentimientos.

El regreso del rey a España significó el repudio de la Constitución de 1812 y de todo cuanto habían creído lograr los liberales. Se restauraba el absolutismo en pleno y triunfaban los detestados "serviles".

Para Riego, como para muchos de los militares concentrados en el Sur de Andalucía para venir a América a sofocar la rebelión de independencia, que proclamaba los mismos principios de los hombres de Cádiz, la cuestión inmediata de mayor monta era derrotar a los serviles y retomar el rumbo liberal. Aquella poderosa concentración de tropas brindaba la tentadora oportunidad de lograrlo. Había que resolver primero el problema político de España para entrar luego a considerar lo que se podía hacer con los insurgentes americanos. Esto fue lo que hizo Riego en 1820 al insurreccionar aquellas fuerzas para servir de base decisiva a un retorno de España al régimen liberal.

Sentirse más cerca de los insurgentes americanos que de los absolutistas metropolitanos, fue una actitud no poco común entre los militares activos. Tenemos el caso revelado del General Mariano de Renovales, de convicciones liberales, que salido de la España reaccionaria le escribe a Bolívar en 1817, ofreciéndole su espada y la de muchos de sus compañeros para luchar por la independencia. En significativa carta el distinguido general que se había batido contra la invasión napoleónica dice, desde Londres donde se hallaba, frases y conceptos que iluminan de una luz nueva el carácter de aquella lucha. Habla de combatir "contra nuestro común tirano" y explica las razones por las cuales no hace distinción entre la lucha que se libra en América y la que está latente en España: "En esta mi decidida resolución nada se ha mudado sino el campo de batalla, mis banderas y mis enemigos son siempre los mismos, mis enemigos son todos los que apoyan el despotismo español y mis banderas las que se tremolan por la causa de la libertad".

El eco que los sucesos españoles provocaron en América revela claramente el sentido que para los libertadores tuvo la insurrección de Riego. La interpretaban como un cambio radical de la situación dentro de la cual habían luchado hasta ese momento y el surgimiento de otra distinta y opuesta, por medio de la cual podía lograrse una solución incruenta y definitiva de

su aspiración a la Independencia. Ya no iban a enfrentarse al cerrado absolutismo fernandino, sino que se abría una inesperada oportunidad para el diálogo entre quienes compartían las mismas aspiraciones políticas.

"El Correo del Orinoco", la publicación periódica que Bolívar funda en Angostura en 1818 para servir de fuente de información y de arma intelectual en la guerra, refleja de un modo fascinante, la manera en que ese acontecimiento fue visto por los libertadores. Ya desde su primer número, en junio de 1818, había declarado que "se pelea contra el monopolio y el despotismo, por la libertad del comercio universal y por los derechos del mundo". En esa misma nota se dirige a los súbditos del rey: "Españoles de la península: Vuestro Gobierno es vuestro verdadero enemigo. Nosotros, por el contrario, somos vuestros amigos naturales... Amenazados de los mismos males, víctimas de la misma opresión y de la misma tiranía, ¿por qué no nos unimos de una vez, por qué no nos abrazamos y somos todos libres y nos volvemos a llamar hermanos?"

Las primeras noticias del alzamiento aparecen en el número del 18 de marzo de 1820. En sucesivas ediciones irán informando de los sucesos y reproducirán algunos documentos y proclamas de los insurrectos. Debió impresionarles mucho el estrecho parecido de aquellas frases y conceptos con los que ellos habían venido usando desde el primer momento de la lucha. En las proclamas del General Quiroga podían leerse frases como las siguientes: "Estábais destinados a la muerte, no para realizar la conquista, ya imposible, de América...", se ha declarado la guerra en el Nuevo Mundo como "impia, impolítica y fratricida", para finalmente definirla como "una guerra tan asoladora, como injusta y ridícula".

Las páginas del "Correo" reflejan un espíritu de contento y esperanza. Les parece que va a ser posible la reconciliación, con el reconocimiento de la Independencia, aun más, les parece inevitable.

Era evidente la falta de convicción y entusiasmo entre los jefes españoles en América para combatir decisivamente a los hombres que presentaban ideas que les eran afines. Lo que había habido en España hasta esa hora había sido un estado de guerra civil, larvada o abierta, entre constitucionales y "serviles". Lo que pasa en América representa otra faz del mismo enfrentamiento. Era difícil para hombres como Morillo o La Serna, mirar como enemigos mortales los patriotas americanos.

Basta leer la correspondencia de Morillo para advertir claramente la sincera simpatía con que veía a los libertadores. La famosa entrevista que tuvo con Bolívar, después del movimiento de Riego y la restauración del régimen constitucional, revela y pone en evidencia la simpatía que animaba a los hombres de los dos bandos. Habían ya acordado un armisticio y un acuerdo de regularización de la guerra, pero todos aspiraban a más, a lo que podía llegar a ser la reconciliación definitiva de los libertadores americanos con los liberales de España, para una nueva forma de unión entre una España liberal y una América independiente.

En aquella ocasión los sentimientos privaron sobre las apariencias y las actitudes convencionales. Se abrazaron, derramaron lágrimas y condenaron la guerra y la lucha armada. Era la aparición elocuente de una realidad

histórica y social subyacente. No era España, a los ojos de los libertadores, una potencia extranjera que había venido a sojuzgar su país y a imponerle una cultura extraña. Los americanos se consideraban tan españoles como los peninsulares y su relación con la corona no era menor ni diferente a la que tenían con ella los distintos reinos de la península. Lo que ocurría en España para entonces, era una guerra civil, y lo que ocurrió en América fue el traslado y la continuidad de ese mismo conflicto, entre la misma gente, en otro escenario geográfico. La mayor dificultad con la que tropezó Bolívar en los comienzos no fue otra que la de darle un carácter nacional a la guerra contra el régimen. Durante todo el primer tiempo fue predominantemente una guerra civil. Eran mayoritariamente venezolanos los que peleaban en uno y otro bando. Boves venció a los libertadores a la cabeza de un ejército de lanceros de las llanuras del Orinoco y hasta casi el final de la larga lucha se mezclaron americanos y españoles en los dos bandos. No eran ya para ellos españoles y americanos, sino "godos", que comprendían a todos los partidarios del antiguo régimen, y patriotas, que aspiraban a otro distinto basado en la democracia y los derechos del hombre. De lado y lado los sucesos de 1820 anunciaban la posibilidad cierta de una solución pacífica, que se frustró por la situación política de España en esa hora y desapareció definitivamente con la intervención de la Santa Alianza y la restauración de la fuerza del absolutismo fernandino.

Esos sucesos finales acabaron de internacionalizar el conflicto americano. Los enemigos de la Santa Alianza no podían permitir que la España incorporada a ella y a sus principios retrógrados, pudiera conservar el dominio de América. Inglaterra se decidió activamente a apoyar a los partidarios de la Independencia y los Estados Unidos proclamaron la Doctrina de Monroe, que cerraba cualquier posibilidad de restaurar el imperio español.

El lamentable desenlace del Trienio Liberal y de las grandes esperanzas que hizo nacer, a una y otra ribera del océano, tuvo sus consecuencias en esa ya larga lucha.

Durante toda la campaña del Perú es visible la división entre constitucionales y "serviles", que remata finalmente en la disidencia abierta del General Olañeta, en vísperas de Ayacucho. Había simpatía de parte de La Serna y de sus generales por Bolívar y su causa. La batalla de Ayacucho, misma, es un elocuente ejemplo de este estado de ánimo. Dos cosas insólitas ocurren en ella. Primero, el caso, único en los anales guerreros, de que formados los dos ejércitos en orden de batalla, momentos antes de iniciarse el combate, oficiales españoles y americanos salieran de las filas para abrazarse en presencia de las dos fuerzas. El general Monet, acompañado de otros oficiales se abrazó con el General Córdova y así lo hicieron otros. Luego, se dio el caso, igualmente insólito, que después de una victoria decisiva, el General Sucre le ofreciera a los restos del ejército español la oferta de una capitulación, que les asegurara muchas concesiones de respeto y seguridad, como solo hubiera podido justificarse antes de una batalla, precisamente para evitarla. La correspondencia posterior de La Serna con Bolívar confirma esta actitud.

Muchos de estos jefes, a su regreso a España, se convirtieron en los

más decididos soportes del régimen liberal, con María Cristina contra los carlistas, como fue el caso de Espartero y de no pocos otros, a quienes los malquerientes políticos dieron el significativo cognomento de "los ayacuchos".

Cuando se considera este largo, y casi uniforme ciclo de grandes sucesos no puede uno menos que advertir que por debajo y más profundamente de lo que advierte la historiografía superficial, que se regodea en los sucesos y en las palabras sin penetrar en el meollo de su verdadera significación, que el cruento y complejo proceso que parece iniciarse en España, con los acontecimientos de 1808, tuvo antecedentes y consecuencias, y es la manifestación de un cambio de mentalidades y circunstancias que tiene raíces europeas y que se extiende a la comunidad de las naciones hispánicas.

La crisis que estalla, visiblemente, a partir del motín de Aranjuez hasta la resistencia contra la invasión napoleónica estaba planteada en España, desde la época de Carlos III y formaba parte del inmenso cambio revolucionario e ideológico que transformó la faz del mundo y que tuvo su punto culminante en la Revolución Francesa.

Sólo dentro de ese marco es posible entender lo que en esos años ocurrió en España y en la América española. Se había creado un cisma, un antagonismo mental irreconciliable, entre las concepciones sociales y políticas del Antiguo Régimen y las aspiraciones hacia la libertad que penetraban todas las capas sociales.

Era la llegada al mundo hispánico, y la expresión dentro de sus peculiaridades de la gran crisis de conciencia de la que brotó el largo y no cerrado tiempo de las revoluciones.

No puede entender el vasto y significativo proceso quien lo ve simplemente como una consecuencia de la invasión francesa a la Península en 1808 o de la decisión de los criollos de terminar con la dominación española. Desde fines del siglo XVIII, y acaso antes, habían venido formándose dos Españas opuestas en lo ideológico y en lo político. Dos visiones nacionales antagónicas. Lo mismo ocurría en las tierras americanas. Se aspiraba a un nuevo orden, al progreso de Las Luces, a la realización del modelo norteamericano y a la adopción de las instituciones liberales. No fue una lucha de América contra España, de unos pueblos coloniales sometidos por la fuerza a una potencia extraña, como fue el caso de la colonización reciente en África y en Asia. Eran la misma gente, con la misma lengua y la misma cultura que constituían una comunidad sui-géneris a ambos lados del océano. Había diferencias pero acaso no más grandes que las que las lenguas y las historias regionales crearon dentro de España. En ambos escenarios la lucha fue esencialmente la misma, contra los mismos enemigos y con los mismos objetivos. El proceso que dio nacimiento al movimiento liberal en la Península es el mismo que anima y justifica la insurrección americana. Entre liberales y libertadores no había diferencia de causa, ni de ideales. La causa que los movía era fundamentalmente la misma. El lenguaje de los liberales de Cádiz y de Riego es el mismo que empleaban los patriotas del espacio americano, las aspiraciones eran iguales. Ellos lo sentían claramente y lo expresaban en sus documentos. No luchaban contra España, luchaban contra el ré-

gimen injusto y contra el absolutismo que lo personificaba.

Lo más importante que expresa y revela la larga lucha por la Independencia de la América Hispana, es la identidad de propósitos con los liberales españoles. No se lucha contra extranjeros, era una lucha entre hermanos separados, en la que liberales y libertadores no lograban desconocer la coincidencia de sus motivaciones y la identidad fundamental que los unía indisolublemente. Así lo vieron no solo los hombres de pensamiento, sino también los jefes militares que se enfrentaban en los campos de batalla del Nuevo Mundo.

Si algo prueba la larga y destructiva guerra de Independencia hispanoamericana es la existencia de una poderosa comunidad de historia y de cultura, que con la lucha armada no quedó destruida sino confirmada y que es, hoy más que nunca, la base segura para entrar en el porvenir.